

ral que Dios ha grabado en el corazón del hombre al crearle. ¿Pero de qué sirve en este orden de ideas el cristianismo histórico? Es necesario entresacar lo que la ignorancia, la superstición y el espíritu de dominación le han añadido; éste es el trabajo secular en que aún hoy se halla ocupada la humanidad. Entonces quedará una religión exclusivamente moral. Esto no quiere decir que los deístas de Inglaterra hayan pretendido, como lo hicieron más tarde los incrédulos de Francia, reemplazar la religión por la moral; por el contrario, conservan la religión, pero le quitan todo lo que es extraño á la moral. La diferencia es grande, porque, por una parte, la idea de Dios y la de la inmortalidad del individuo subsisten; y si sus creencias no fundan la moral, al ménos le prestan mayor fuerza.

¿Pero qué es el cristianismo reducido al elemento moral? No es más que la religión natural. Falta saber si el cristianismo de los deístas es el verdadero cristianismo tal y como Jesús lo ha predicado. Creemos que la cuestión no puede resolverse, porque no conocemos la *buena nueva* más que por una tradición que ha alterado más ó ménos la enseñanza del maestro. Los deístas sostuvieron naturalmente que su *cristianismo no misterioso* era el de Jesucristo. Si se les pregunta por qué aquella religión racional se ha corrompido desde la primera generación, contestan que el principio de la fe alteró el de la moral; los hombres creyeron que su salvación iba más bien unida á la creencia que á la acción. Esta es la causa de que el cristianismo histórico acabase por degenerar en prácticas más ó ménos supersticiosas. Si los deístas lo hubiesen considerado bien, ¿no hubieran descubierto en la predicación evangélica el germen primero del mal que deploran? Los deístas no lo vieron, porque no querían ni podían verlo; porque querían seguir siendo, ó al ménos llamándose cristianos.

N.º 2.—*De dónde procede el deísmo.*

Lord Shaftesbury había conocido íntimamente al filósofo inglés Locke. Dice de él, en sus *Caracteres*, que era sinceramente cristiano, aún cuando profesaba una filosofía que en el fondo es la de

Hobbes, el sensualismo; lo mismo sucedió con Tindal, Collins y todos los libres pensadores (1). Según éste, parece que el deísmo procede de Locke y de una falsa filosofía. Es verdad que Locke tuvo relaciones con los deístas; se conserva una carta que el filósofo septuagenario escribió al autor del *Discurso sobre la libertad de pensar*. «Yo soy, dice, una pobre ignorante criatura. Si puedo vanagloriarme de algo, es de amar y de buscar sinceramente la verdad, sin preocuparme de que agrade ó de que disguste.... Creedme, amar la verdad por sí misma, es el punto principal de la perfección humana, y el principio de todas las virtudes.» Un libre pensador podría firmar esta carta. ¿Pero cómo armonizaba Locke su filosofía de la sensación con su *cristianismo racional*? Destierra de la religión los misterios, lo mismo que los deístas; conserva únicamente la fe en Jesús, sin entrar por otra parte en explicaciones sobre la naturaleza de Cristo, de modo que los que no ven en él más que un profeta podían llamarse cristianos, lo mismo que los que le adoran como Hijo de Dios. La relación entre los filósofos ingleses y los deístas es, pues, incontestable. Pero los discípulos fueron más atrevidos que su maestro: oigamos á Bolingbroke, que es, después de Shaftesbury, el genio más bello que ha ilustrado al deísmo inglés: «Locke, dice, tenía una excesiva timidez en cuestiones religiosas. Hasta dudaba de sus principios filosóficos en cuanto se refería á la religión. El filósofo había guardado un respeto rutinario hácia los libros sagrados. Para salvar la divinidad del Antiguo Testamento, había recurrido á las más extrañas hipótesis: llegaba hasta admitir que Dios, queriendo ser el *rey* de un *pueblo elegido*, debía proscribir la idolatría, y castigarla con la muerte como alta traición.» Bolingbroke, gran admirador de Locke, se avergüenza de estas debilidades y de estas contemplaciones (2).

Pero si los deístas proceden de Locke, y van más allá que él, ¿de dónde procedía Locke? Hay tal vez un vínculo oculto entre su *cristianismo racional* y su doctrina filosófica. Es positivo que los que están persuadidos de que todas las verdades las adquirimos por medio de los sentidos, no deben sentir propensión á creer en los

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 344.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. IV, p. 149-153.

misterios, ni aún limitándose á decir con Leibnitz que están por encima de la razón, sin serle contrarios; para un filósofo sensualista, los misterios no tienen sentido. Sin embargo, no creemos que el cristianismo de Locke tenga su principio en su filosofía. Bolingbroke tiene razón en echarle en cara su timidez, aún como pensador: si se le hubiesen demostrado las consecuencias lógicas que se deducen de su sistema, las habría seguramente rechazado. Hemos demostrado en otra parte (1) que en el siglo XVII se operaba un movimiento en el seno del protestantismo que tendía á ensanchar las puertas tan estrechas del cielo cristiano: empezaba á asustar el corto número de los elegidos: los latitudinarios se esforzaron en hacer la salvación accesible á todo el mundo. Locke participaba de estas tendencias. Había una gran disputa entre las sectas protestantes sobre el número de los artículos que era esencial creer para alcanzar la vida eterna. Abrid los Evangelios, les dice Locke: Jesucristo no nos pide más que una cosa, creer en su misión; por lo demás, no nos impone creencia alguna; lo cual hubiera hecho seguramente, si la fe en determinado dogma hubiese sido precisa para nuestra salvación. Locke esperaba que haciendo el cristianismo racional, lo haría aceptar hasta por los deístas mismos. No reparaba que á fuerza de querer hacer racional el cristianismo tradicional, destruía su esencia, puesto que lo despojaba de todo elemento sobrenatural.

Llegamos á esta conclusión, que el deísmo es más bien de origen protestante que filosófico. El latitudinarismo era una reacción contra la estrechez y la barbarie de la doctrina calvinista. Calvino tomó al pie de la letra la espantosa creencia del pecado original, y las consecuencias más espantosas aún que San Agustín deduce de ella: el riguroso legista excedió en horror y en atrocidad á su maestro. Cuando las espantosas creencias sobre la predestinación de los elegidos y la condenación de los réprobos fueron erigidas en artículos de fe por el sínodo de Dordrecht, la conciencia pública retrocedió asustada. De aquí el movimiento latitudinario. Se extendió principalmente en la Iglesia anglicana. La revolución del siglo XVII le dió un poder inmenso. Sectas cristianas dieron la se-

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

ñal de la insurrección contra la monarquía absoluta. Una vez dado el primer paso en el repudio de una autoridad tradicional, los demás son tan fáciles como inevitables. Hubo sectarios que se pusieron á indagar los fundamentos de la fe del mismo modo que los presbiterianos y los puritanos habían indagado las bases del poder monárquico; se les aplicó un nombre muy característico, los *investigadores*. Cuando se investiga se encuentra, pero lo que se encuentra investigando los fundamentos de la fe cristiana, no es seguramente la fe. Al fin de este trabajo se halla el racionalismo; por esto hubo una secta de racionalistas, con grande escándalo de los antiguos ortodoxos, para quienes la razón era una bestia negra lo mismo que la bestia del Apocalipsis entronizada en Roma: «No quieren creer, en punto á religión, lo mismo que en punto á política, dice un contemporáneo, más que lo que aprueba su razón» (1). Esto era la destrucción del cristianismo tradicional. Las disputas de las sectas y sus excesos no eran á propósito para atraer á la fe á los que estaban predispuestos á atender á su razón. En el seno del parlamento se encontró un atrevido partidario de la razón que propuso declarar el deísmo religión del Estado; era el único medio, decía, de poner fin á las disensiones que desgarraban al Estado y á la Iglesia (2).

Esta proposición era la precursora del culto del Sér Supremo que Robespierre hizo decretar por la Convención nacional; pero en Inglaterra, país protestante, el racionalismo religioso no condujo á la incredulidad como en Francia. Hubo, es verdad, bajo la restauración de los Estuardos, una reacción bastante licenciosa contra el puritanismo de la revolución: la devoción intransigente, mezclada frecuentemente con la hipocresía que acompaña inevitablemente al espiritualismo desordenado, quitó á los Ingleses la afición á las oraciones y á los cantos de la Iglesia; prefirieron la vida alegre á una existencia que se parecía á una muerte anticipada. Pero aquellos desórdenes no tuvieron lugar más que en la esfera cortesana; el sentimiento religioso sobrevivió en las masas. Es, como hemos dicho, un beneficio de la reforma, y tal vez el mayor

(1) CLARENDON, *State papers*, t. II, p. 40 del *Apéndice*.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. IV, p. 7.

de todos los que se le deben. Las causas que en Inglaterra condujeron al deísmo, condujeron en Francia á la más absoluta incredulidad. Guerras de religion ensangrentaron á ambos países; cuando los hombres se cansaron de matarse por misterios incomprensibles, se preguntaron si era aquella la religion que un Dios habia enseñado al mundo. En Francia y en Inglaterra se dijeron: no, no es ésta una religion divina, pero los Franceses dedujeron de esto que el cristianismo mismo, en cuyo nombre los hermanos se habian degollado entre sí debia ser una quimera ó una superchería: de aquí el movimiento de incredulidad que, á despecho de todas las reacciones religiosas, persiste en Francia. En Inglaterra el pueblo dejó al rey y á los cortesanos encenagarse en el vicio y permaneció fiel á su Biblia. En cuanto á los que experimentaban la necesidad de darse cuenta de la razon de sus creencias, rechazaron los misterios incomprensibles que habian armado á los sectarios; pero no confundieron en una misma reprobación las verdades morales que Cristo ha predicado, con los dogmas que una Iglesia supersticiosa ha decorado con el nombre de teología cristiana; separaron la esencia del accidente, mezcla la mayor parte de las veces impura, que las pasiones humanas han añadido al oro del Evangelio. Hé aquí el deísmo.

Es, pues, muy cierto, como dicen los católicos, que el protestantismo condujo al deísmo; pero en lugar de censurárselo como un crimen, debemos alabarle por ello, pues es el único camino que puede salvar el porvenir religioso de la humanidad. El catolicismo es un callejon sin salida; los que permanecen en él son supersticiosos ó hipócritas; los que se separan de él se vuelven ateos y materialistas. Agradezcamos á los reformadores el haber conducido á los pueblos fuera del cristianismo tradicional, conservando la fe. Por mejor decir, debemos inclinarnos ante Dios, porque él es el que ha guiado á los reformadores por un camino por el que, seguramente, no se hubieran aventurado, si hubiesen visto el final á dónde los conducia. Pensaban continuar en el cristianismo tradicional, se creian verdaderos discípulos de Cristo; sin saberlo y á su pesar abandonaron una tradicion de que se creian órganos legítimos. ¡Niéguese despues de esto el gobierno de la Providencia! No hubiera aceptado Lutero, no hubiera aceptado

Calvino el *cristianismo racional* de Locke, primera manifestacion del deísmo; sin embargo, Locke y los deístas son los discípulos de la reforma. Si los hombres no han hecho lo que querian, si han hecho lo que no querian, ¿quién los ha conducido hácia una doctrina que glorificamos? Todos aquellos que no crean en un acaso ciego responderán: Dios.

N.º 3.—*El deísmo y el cristianismo.*

I.

Toland llama á Jesucristo el sol más resplandeciente de santidad, de justicia y de ciencia (1). Aquel que, segun los teólogos ortodoxos, es el apóstol del deísmo, se expresa en el mismo sentido. Tindal no quiere que se le llame deísta sin añadir el calificativo de cristiano, porque ya el deísmo era sospechoso de hostilidad contra la religion tradicional: su doctrina, dice, es un *deísmo cristiano*. ¿Qué diferencia hay, pues, entre los cristianos que se llaman ortodoxos y los cristianos deístas? Que los primeros no se atreven á servirse de su razon para examinar los dogmas que pretenden estar consagrados por la Escritura; basta que se les diga que una creencia se halla contenida en los libros sagrados para que la acepten: el ideal de esta fe ciega es Tertuliano, vanagloriándose de creer una cosa porque es absurda. Por el contrario, los deístas someten sus dogmas al exámen de su razon, y si creen en la Escritura, es por las verdades que en ella encuentran. Piensan que Dios les ha dado la razon para que se sirvan de ella: ¿y qué mejor uso podrian hacer de ella que discernir lo verdadero de lo erróneo y lo supersticioso? Por este medio adquieren una conviccion real de sus creencias, lo cual los hace inquebrantables en su fe. Tindal va más léjos y se defiende aún de la nota de innovador; no hace, dice, más que lo mismo que hacen todos los cristianos. Hay que recordar que se dirige á los protestantes; es muy

(1) TOLAND, *The constitution of the christian church (A collection of several pieces*, t. II, p. 130).